

EL MAS TERRIBLE DE TODOS LOS SENTIMIENTOS
ES EL SENTIMIENTO DE TENER LA ESPERANZA MUERTA

FEDERICO GARCIA LORCA

EN VEZ DE LA DESESPERANZA

Han transcurrido más de 13 años de régimen militar. Estos años no han pasado en vano. El país-sus estructuras políticas, económicas, culturales y sociales- ha sufrido, querámoslo o no, profundas transformaciones. Más allá de la crítica que nos merece el resultado de la gestión autoritaria, es necesario comprender cabalmente los contenidos e implicancias de dichos cambios para poder adoptar decisiones adecuadas. Una correcta interpretación de lo que realmente ha ocurrido en Chile y de los riesgos y oportunidades que la actual situación nos ofrece, es fundamental en esta hora.

1.- LA MOVILIZACIÓN SOCIAL Y NUESTRO PROYECTO DE SOCIEDAD.

Para la Democracia Cristiana los cuerpos y organizaciones intermedias de la sociedad juegan un rol fundamental. La participación orgánica y permanente del pueblo en la definición de las políticas y en la toma de decisiones a través de formas autogestionadas en todos los niveles de la estructura social, es la base de la sociedad comunitaria a la que aspiramos. A través de esta forma de organizar el quehacer nacional, se introducen de un modo natural los valores de solidaridad y justicia y se logra que cada individuo alcance un auténtico desarrollo como persona al asumir en plenitud la responsabilidad de construir su futuro y el de su Patria.

Lo anterior adquiere especial relevancia en el análisis de la movilización social que no es más que la actividad o acción que desarrollan estos grupos intermedios para el logro de sus propios objetivos.

La necesidad de fomentar la existencia de nuevas y cada vez más extendidas formas de organización social y de entregar a estas organizaciones grados crecientes de autonomía y de capacidad de acción es pues consustancial al logro de nuestro proyecto histórico de sociedad.

Los demócratacristianos entendemos nuestra militancia con un sentido de servicio a Chile y a su pueblo. Esta vocación de servicio no se limita al ámbito de lo político, sino que nos exige poner nuestras capacidades personales y colectivas al servicio de la comunidad, lo que se concreta, precisamente, en nuestra participación activa y dinamizadora en las diferentes organizaciones que constituyen el tejido social.

De lo anterior se infiere que la movilización social -en cuanto expresión de la actividad que desarrollan los cuerpos sociales intermedios- no es para los demócratacristianos parte de una estrategia política sino que la concreción de una dimensión distinta del hombre y de su entorno.

En estricto rigor, la actividad de los partidos políticos se inscribe dentro del marco de la propia movilización social en tanto son una organización más dentro del macrosistema social. Su relevancia y especificidad radica en la perspectiva global con que enfocan la propia sociedad, globalidad que no puede ni debe significar una hipertrofia de lo político hacia ámbitos que les son ajenos.

El hecho que la sociedad chilena se vea hoy sometida a un régimen dictatorial no modifica en nada la esencia de nuestro pensamiento en lo que dice relación con el rol que corresponde a las organizaciones sociales. Por el contrario, una correcta interpretación de lo que ha ocurrido y está sucediendo en Chile, debiera reafirmar nuestra convicción y fé en las formas comunitarias de organizar el quehacer nacional. La movilización social es, hoy como ayer, el camino a través del cual cada chileno se hace responsable de su propio futuro y del de su Patria, es la expresión concreta y vital de nuestra doctrina y de nuestra ideología.

2.- BREVE HISTORIA DE LA MOVILIZACION SOCIAL CHILENA.

Hemos considerado necesario recordar la indivisible conexión que existe entre la movilización social y nuestro propio proyecto histórico antes de entrar en el análisis de lo que han significado estos 13 años de lucha contra la dictadura. Ello permitirá, a nuestro juicio, dar a la movilización social su verdadero sentido de proceso de búsqueda y construcción de nuevas formas de convivencia nacional, y evitará, esperamos, discusiones estériles acerca de si es o no necesario continuar con ella.

El período previo a la dictadura se caracteriza por una hipertrofia de lo político que inunda en grados crecientes todos los ámbitos del quehacer nacional. El país se va paulatinamente radicalizando. Las discrepancias políticas se irradian a través del cuerpo social fracturándolo y dividiendo a los chilenos en bandos irreconciliables. El en-

frentamiento político, que adquiere niveles de odio, se extiende a sindicatos, universidades, poblaciones, colegios profesionales y, en general, a todas las organizaciones y estructuras sociales. La sociedad chilena, dividida y debilitada, resulta entonces fácil presa para la derecha golpista y la dictadura militar se nos cuela por la brecha que entre todos habíamos abierto.

En sus inicios el régimen militar tiene sólo un carácter represivo. Basado en la mal llamada "Doctrina de Seguridad Nacional", desata una represión de inusitada violencia. Todas las organizaciones sociales son consideradas como peligrosas para la seguridad del Estado, como posibles "guaridas" del enemigo. El régimen inicia una tarea de destrucción sistemática de todo el tejido social decretando la disolución de aquellas organizaciones que le fue posible disolver e interviniendo aquellas que no podía hacer desaparecer.

El terror impuesto por la represión y el odio residual entre los chilenos hicieron estériles los escasos esfuerzos por oponerse a esta demolición de la estructura social. El pueblo permanece inerte, inmobilizado, y sólo una pequeña parte de los dirigentes políticos y sociales desarrollan una tarea testimonial de un inmenso valor ético y moral en la lucha por la defensa de los derechos humanos.

Ni siquiera una dictadura puede sobrevivir sin que exista una organización social mínima que realice la intermediación entre los individuos y el Estado. La idea de una "democracia protegida" -modo eufemístico de referirse a una dictadura que permite algunas formas de organización social fuertemente controladas- comienza a transformarse en el eje del discurso oficial.

Simultáneamente el régimen comienza a adquirir un contenido ideológico bajo la influencia de los economistas neo-liberales. Inicialmente se pretende establecer una economía de libre mercado pero poco a poco se desarrolla una verdadera ideología que pretende reorganizar todos los aspectos de la vida nacional. Surgen así el plan laboral, las nuevas concepciones respecto de la salud y de la previsión social, el autofinanciamiento universitario, la municipalización de la educación etc, etc.

El régimen entra en un proceso de institucionalización basado en la ideología recién aprendida. Ello queda de manifiesto

en los contenidos de la constitución Política de 1980 y en los planes que el gobierno lleva a cabo bajo el nombre de "modernizaciones". De este modo, el régimen deja de ser sólo un gobierno autoritario para adquirir una connotación ideológica totalitaria en cuanto impone por la fuerza su ideología neo-liberal a todos y cada uno de los diferentes aspectos y relaciones de la vida del país.

Siguiendo una estrategia inteligente, el régimen va aplicando su modelo en forma secuencial de modo que la resistencia que ello provoca no significa una reacción simultánea de toda la población. Uno a uno los distintos sectores afectados comienzan a reactivarse reestableciendo formas primarias de organización social.

En distintos tiempos, a causa de la secuencialidad utilizada por el régimen, con distintos ritmos, según las peculiaridades de cada sector, y condicionado por los diferentes grados de control político que el gobierno ejerce, los distintos sectores sociales inician un proceso de movilización social siguiendo, salvo contadas excepciones, cuatro fases o etapas:

- 1°) Reorganización de la base social.
- 2°) Movilización en torno a reivindicaciones sectoriales propias.
- 3°) Resistencia al modelo ideológico.
- 4°) Movilización en torno a demandas políticas.

La asincronía de los diferentes sectores sociales en el desarrollo de estas fases permite al régimen controlar con relativa facilidad el descontento. La solidaridad intersectores es inicialmente extremadamente baja de modo que la concertación es casi inexistente.

Es importante remarcar que la crisis del modelo económico permite el despertar de amplios sectores de clase media y de pequeños y medianos empresarios que, aunque debilmente al principio, comienzan a avanzar en las distintas fases de la movilización social que hemos señalado.

Uno de los primeros sectores en alcanzar la cuarta etapa de la movilización social, vale decir la de la demanda política, es el sector de los trabajadores que inician la movilización de masas en 1983 a través de las protestas nacionales.

Estas protestas aceleran el proceso de movilización social. Se consolida la reorganización de prácticamente todos los sectores sociales más importantes y se transita con mayor velocidad por las restantes fases de la movilización social.

No debe entenderse de lo expuesto que el proceso de movilización social ha sido siempre lineal y ascendente. Han habido períodos de estancamiento o de franco retroceso. Así por ejemplo, la represión contra las protestas, el diálogo abierto por Jarpa y ciertas vacilaciones de la dirigencia política permitieron al gobierno controlar el proceso por algún tiempo.

Cumplida la fase de las reivindicaciones sectoriales, la mayoría de los sectores sociales avanza resueltamente a la fase de resistencia al modelo ideológico (tercera fase de la movilización social). La conciencia cada vez más generalizada que el origen de los problemas radica en los contenidos ideológicos del régimen, permite afinar un discurso común e ir construyendo niveles crecientes de concertación. Superada en gran medida la incapacidad de reencuentro entre los chilenos las organizaciones sociales se fortalecen y luego de varios intentos fallidos de concertación, surge la Asamblea de la Civilidad a principios de este año.

La Asamblea de la Civilidad es la mayor y más vasta concertación social nunca antes producida en Chile. Ella surge como una consecuencia lógica del proceso de reorganización del tejido social y como la respuesta del pueblo al intento totalitario del régimen.

La conciencia generalizada que no existen soluciones parciales a los problemas de cada sector y la negativa del gobierno a considerar el Acuerdo Nacional lleva a la inmensa mayoría de los chilenos al convencimiento que es necesario iniciar un proceso de movilización general para obligar a las Fuerzas Armadas a restituir la soberanía al pueblo.

Por primera vez en estos 13 años, se produce una perfecta sincronía entre los diferentes sectores sociales del país, incluido entre estos los Partidos Políticos. El éxito del paro de los días 2 y 3 de Julio es prueba de la eficiencia que se alcanza cuando esta concertación se produce y cuando ella responde a un plan de trabajo perfectamente delineado y previamente establecido.

Con posterioridad al paro de los días 2 y 3 de julio, se suceden una serie de hechos que perturban gravemente el proceso político y social que se estaba desarrollando: detención de parte importante de los dirigentes de la Asamblea de la Civilidad; descubrimiento de arsenales; atentado contra Pinochet; implantación del estado de sitio con clausura de gran parte de la prensa opositora y la persecución, encarcelamiento e incluso asesinato de disidentes.

Como consecuencia de estos hechos se produce una suerte de paralización general. El plan de movilización social, es justo reconocerlo, no había considerado adecuadamente las dificultades que acarrearía la detención previsible de los dirigentes y la Asamblea de la Civilidad tiene serios problemas para reorganizar sus cuadros y para mantener una adecuada conducción del proceso social. La aparición de las armas y ciertas vacilaciones en la conducción política terminan por paralizar el proceso.

El atentado contra Pinochet hace pasar la discusión teórica acerca de los medios de lucha contra la dictadura a un plano concreto. Ya no se trata de discutir académicamente el problema de la lucha armada sino que ésta se nos presente como un hecho real y trágico que debe ser, de ahora en adelante, considerado en el análisis político y social.

La responsabilidad histórica del P.C. en la paralización del proceso de movilización social que se estaba llevando a cabo no puede ni debe dejar de ser denunciada. Objetivamente el P.C. se transforma en el mejor aliado de Pinochet, situación de la cual deberá responder ante el país y ante la historia.

En el ámbito social se produce un claro retroceso que retrotrae a algunas organizaciones sociales a la segunda etapa de la movilización social (reivindicaciones sectoriales), aunque las más simplemente se inmovilizan.

El gobierno aprovecha estas circunstancias para profundizar y dar los últimos pasos en su programa de "modernizaciones", sabedor que la respuesta del mundo social sería nuevamente inexistente o escasa.

3.- ¿LA MOVILIZACION SOCIAL CUESTIONADA?

El mundo político, convulsionado y paralizado por los hechos antes descritos, ha entrado en un proceso de reestudio de objetivos y medios, volviendo sobre los temas que, en forma cíclica, han sido el objeto de debate de la oposición chilena.

En particular, en el seno del Partido, se vuelve a discutir acerca de la movilización social, el diálogo con las Fuerzas Armadas, las relaciones con el PC, las políticas de alianzas y, en general, las estrategias y tácticas políticas para la salida democrática.

La falsa dicotomía entre movilización social y diálogo con las fuerzas armadas -que tanto daño ha causado a nuestro Partido- vuelve a reaparecer, poniendo de manifiesto, una vez más, un marcado error conceptual acerca de lo que realmente es la movilización social.

La discusión acerca de si es conveniente "suspender", "modificar", "examinar", "reestudiar" o "terminar" con la movilización social -que hace las delicias del gobierno y de el Mercurio- pone de manifiesto que aún hay quienes no han logrado comprender cabalmente su verdadero significado.

Creer que ésta es un elemento táctico que puede ser manipulado por los partidos políticos ha sido -y al parecer sigue siendo- un error que abre una peligrosa brecha entre el mundo político y el mundo social.

De la descripción que hemos hecho del proceso de movilización social chileno, queda en claro que sus características, contenidos y alcances son de mayor trascendencia y envergadura que una mera cuestión táctica. La movilización ha sido el mecanismo de reencuentro entre los chilenos y el medio a través del cual el pueblo busca construir su propio futuro.

La misma falta de conocimiento acerca del significado profundo de la movilización social demuestran quienes han intentado extrapolar al mundo social nuestras diferencias políticas con el P.C.

Creemos que existe hoy un absoluto consenso dentro del

Partido en que el P.C. se ha autoexcluido de la mesa de concertación política al asumir una estrategia que avala, propicia e incluso ejerce la lucha armada. Esto hace inviable cualquier tipo de concertación política con el P.C. Sin embargo, no es posible -como algunos pretenden- extrapolar esta situación al mundo social.

En el seno de las organizaciones sociales, los chilenos reencontramos en función de las especificidades de cada sector. Quienes formamos parte de las diversas organizaciones sociales sabemos que es imposible introducir la exclusión política sin volver a caer en la politización extrema que, como demostramos en los párrafos anteriores, está en el origen de la crisis que dió paso a la dictadura.

Creemos que quienes livianamente piensan que el aislamiento del P.C. debe traducirse en su exclusión de las organizaciones sociales no han medido el real alcance de su postura. ¿Que se supone que hagamos para excluir a los comunistas de nuestras organizaciones sociales?. Aún si ello fuera posible -tarea más cercana a la delación que del quehacer político- ¿que se supone que haremos con ellos en la futura democracia?. ¿Vamos a crear un ghetto como en Sudáfrica?. ¿Vamos a exterminarlos?. No, definitivamente no es posible plantear el asunto en términos livianos. El aislamiento del P.C. extrapolado al mundo social significa, ni más ni menos, que aceptar la Doctrina de Seguridad Nacional y la guerra santa y sin fin de Pinochet.

No se trata tampoco de creer que el P.C. vaya a actuar sin afanes de hegemonía en el seno de las organizaciones sociales. Debemos enfrentar esta realidad pero no caer en el error que caímos en el pasado de evitar la hegemonía del P.C. tratando de imponer nuestra propia hegemonía. Si no es posible reconstruir el tejido social chileno porque existe el peligro de la dominación comunista, entonces estaríamos condenados a renunciar a nuestro proyecto histórico de construir una sociedad comunitaria. La sociedad comunitaria que anhelamos no podrá ser jamás una sociedad de puros demócratacristianos.

La movilización social es un proceso de reconstrucción democrática que no se agota siquiera en la lucha contra la dictadura sino que se proyecta más allá de ésta en la redefinición de nuevas formas de participación y de gestión. Se trata, en definitiva, de la expresión viva de un pueblo que busca su propia identidad como nación.

La movilización social continuará desarrollándose en Chile bajo las formas y con los contenidos que las propias organizaciones sociales decidan darles. En su seno los demócratacristianos, y muy particularmente los dirigentes, podremos tratar de hacer valer nuestros puntos de vistas pero no podremos jamás imponerlos sin fundamento.

Si consideramos, por una parte, el indisoluble lazo que liga nuestro proyecto histórico de sociedad con la movilización social y, por otra, el proceso de reconstrucción del tejido social y de reencuentro entre los chilenos que hemos vivido durante estos 13 años, debemos concluir que para la Democracia Cristiana apoyar y ayudar a fortalecer la movilización social no es materia de debate estratégico-político sino que una reafirmación de su propia ideología. Quienes puedan pensar que es posible encontrar una salida política para Chile sin la participación orgánica y masiva del pueblo, no sólo están equivocados en su estrategia, sino que han olvidado lo que es la Democracia Cristiana.

4.- ESCENARIOS Y PROCESOS POLITICOS MAS PROBABLES.

En medio de la crisis que vive nuestro país, el discurso político de estos últimos meses -que durante el primer semestre de este año logra hacerse consistente con la demanda social expresada en la Asamblea de la Civilidad- vuelve a cauces que aparecen, para la gran masa de los chilenos, completamente alejados de sus necesidades reales más inmediatas. La discusión en torno a la "campaña" por elecciones libres y su derivado, "la nominación del candidato", distancian al Partido de la base social.

En una hábil maniobra el régimen dá amplia cobertura de prensa a la discusión que rodea este "nuevo tema de la oposición". Merced al control que el gobierno ejerce sobre los medios de difusión y a la publicidad con que se desarrolla el debate, el régimen ha logrado que la oposición democrática aparezca desarticulada y desorientada, o mejor dicho, que sea público y notorio que lo está.

Pensamos que efectivamente los últimos hechos nos obligan a una revisión de nuestras estrategias. Esto, sin embargo, no puede significar descartar a priori lo que ha sido la línea política que,

con algunas dificultades, ha mantenido nuestro Partido. Un debate sereno y serio debe considerar tanto una correcta interpretación de lo que es la movilización social como los escenarios y procesos políticos y sociales más probables en los próximos años.

Sin este análisis metodológico tanto la movilización social, como la campaña por las elecciones libres y la eventual nominación de un candidato así como cualquier estrategia que adoptemos, carecerán de un marco de referencia real, corriendo el riesgo de transformarse en un activismo tanto político como social que no desembocará ni en el fin de la dictadura ni menos en la construcción de una auténtica democracia.

El análisis de los escenarios y procesos políticos y sociales más probables debe basarse necesariamente en la experiencia histórica, en la situación presente y en lo que cada uno de los actores políticos y sociales podrá hacer en el futuro.

La situación presente se puede caracterizar, en forma resumida, del modo siguiente:

- 1º) El régimen ha prácticamente concluido de imponer su modelo ideológico. El neoliberalismo se ha entronizado en todos los aspectos de la vida nacional y ha sido institucionalizado a través de un conjunto de normas y leyes.
- 2º) El régimen ha tenido éxito en mantener un férreo control político sobre el conjunto de la población por medio de una política represiva que se incrementa día a día en intensidad y amplitud.
- 3º) Los intentos de diálogo con las Fuerzas Armadas -no sólo los de reciente data- no han dado hasta ahora resultados prácticos. La decisión final y el control del proceso político global se mantiene en manos de Pinochet y el ejército. Pese a algunos signos de desacuerdo interno, el régimen ha tenido éxito en mantener el itinerario político trazado.
- 4º) El cuerpo social ha tenido éxito en reorganizarse y ha alcanzado un alto grado de concertación. Sin embargo ha fracasado en su afán de oponerse a la implementación del modelo oficial.
- 5º) La disidencia política se encuentra dividida. Por una parte, está

el Grupo de los 13 que ha logrado importantes niveles de acuerdo y concertación política y por la otra el MDP que mantiene una doble estrategia al impulsar simultáneamente la lucha de masas y la insurrección armada. Ambos conglomerados, sin embargo, no han tenido éxito en movilizar al grueso de la población tras sus tesis.

Todo lo anterior genera un estado de desconcierto y de desesperanza generalizados en la población. El mundo social no cree ya posible modificar los contenidos ideológicos del régimen que, sin embargo, afectan gravemente sus intereses. La conciencia, cada vez mayor, que un cambio de régimen es condición necesaria para buscar solución a los problemas que nos aquejan y la convicción también generalizada que nos encaminamos a una "reelección" de Pinochet justifican dicho desaliento.

El mundo político se debate, por su parte, entre alternativas que en lo fundamental no permiten visualizar una salida política real. La campaña por las elecciones libres y la eventual nominación de un candidato no aparecen por ahora, como elementos suficientes para impedir que Pinochet lleve a cabo sus propósitos. En la izquierda marxista, se insiste en un activismo de masas que carece de respaldo real y en la justificación de todas las formas de lucha que resulta no sólo irreal sino que objetivamente ayuda a los planes del régimen.

En cuanto al escenario posible para los próximos meses, es posible prever dos situaciones:

1º) El régimen mantendrá todas las formas de represión y control político que ha utilizado hasta ahora y usará, todos los medios a su alcance para mantenerse en el Poder. Pensar que en vísperas del plebiscito o de una eventual elección se vaya a producir una apertura política real es no sólo ingenuo sino que no tiene fundamento en ningún hecho real. Es más, un análisis objetivo nos debiera llevar a la conclusión que, en lo fundamental, el gobierno intentará las mismas técnicas que empleó para hacer aprobar la constitución.

2º) En el ambiente social, si bien es posible que se reasuma un cierto grado de movilización en torno a las reivindicaciones sectoriales, es evidente que la cercanía del proceso electoral, cualquiera que este sea, y la sensación de impotencia frente a la posibilidad de modificar los

contenidos ideológicos del régimen, hacen poco probable que se produzca una crisis puramente social de alguna significación. El pueblo se encuentra entrampado entre la conciencia que sus problemas no tienen solución mientras se mantenga el régimen y la sensación que no es posible evitar que éste se prolonge más allá del 89.

Es en este escenario pesimista que debemos analizar la estrategia política que seguirá e impulsará el Partido. De lo que seamos capaces de hacer dependerá que podamos efectivamente, cambiar el curso de los acontecimientos. Es en este cuadro que debemos analizar los posibles resultados de una "campaña por las elecciones libres" y la eventual nominación de un candidato.

5.- LA CAMPAÑA POR ELECCIONES LIBRES.

La eficiencia de cualquier estrategia política que el Partido adopte deberá medirse en función de la capacidad que ella tenga para alcanzar efectivamente, y en un plazo razonable, el objetivo de terminar con el régimen dictatorial e iniciar un real proceso de reconstrucción democrática.

En consecuencia, la discusión estratégica de la hora presente debiera centrarse en el análisis de las probabilidades de éxito y de la eficiencia de los diversos caminos que se proponen para alcanzar el objetivo antes señalado.

Una de dichas estrategias -que nos proponemos analizar en esta sección- es realizar una "campaña por las elecciones libres" y, eventualmente, encausar dicho anhelo en la persona de un candidato a la presidencia de la República.

Para analizar esta estrategia -como cualquier otra- debemos responder a dos cuestiones fundamentales:

1º) ¿Seremos capaces de movilizar efectivamente al pueblo en torno a esta demanda?.

2º) ¿Que formas concretas debe asumir dicha movilización para terminar con el régimen dictatorial e iniciar un efectivo tránsito hacia la democracia?.

Para responder a la primera cuestión debemos tener en cuenta el estado de desesperanza y de desmovilización en que se encuentra el Pueblo por las razones que ya hemos analizado en los párrafos anteriores.

A nuestro juicio, las elecciones libres no son un objetivo en si mismas, sino simplemente un medio a través del cual se puede elegir un gobierno que resuelva los problemas reales de la gente. En consecuencia, la idea de elecciones libres debe estar indisolublemente ligada a los contenidos programáticos de un gobierno capaz de producir profundas transformaciones en la estructura y contenidos del actual régimen.

Es, por lo tanto, imprescindible dar a las elecciones libres un contenido de esperanza, de un cambio real que apunta en la perspectiva de sustitución del modelo ideológico del Régimen.

Pensamos que la idea de una campaña por las elecciones libres es manifiestamente insuficiente como motivación para movilizar al conjunto del pueblo. Para hacer renacer la mística y el compromiso es necesario subir la vara de nuestras aspiraciones y las de nuestro pueblo. Aunque para algunos pueda resultar paradójal, estamos convencidos que sólo aumentando las expectativas y las exigencias conseguiremos una real y adecuada movilización popular.

Todo pueblo requiere mantener la esperanza de un futuro más promisorio. Esta esperanza no radica en la posibilidad de unas elecciones libres sino en lo que puede significar para cada uno de los chilenos un gobierno que llevará a cabo un proceso de cambios que sustituya el modelo ideológico del régimen por un nuevo orden más justo y más humano. Si en 1964 consideramos necesario hacer una revolución en libertad para terminar con las injusticias del sistema capitalista, con mayor razón hoy Chile requiere de dicha revolución para salir de la crisis y para que vuelva a renacer la esperanza en su pueblo.

¡Sin la esperanza de un real cambio el pueblo no se movilizará por las elecciones libres!

Es sólo en esta perspectiva que entendemos posible pensar en designar un candidato. Pero no cualquier candidato, ni menos alguno que sea aceptable por la derecha y por el régimen. Si se consi-

dera oportuno designar un candidato, éste deberá ser alguien que encarne esta política de renovación y de cambio, que sea mensajero de esperanza y no expresión de una transacción sin destino.

En la segunda cuestión -es decir las formas concretas que debería asumir la campaña por las elecciones libres para ser eficiente en el cumplimiento del objetivo fijado- es donde, a nuestro juicio, debemos tener mayor claridad y precisión.

Para algunos la aspiración es que esta campaña, de algún modo, sustituya el proceso de movilización social que se ha venido desarrollando a través de la Asamblea de la Civilidad. Para otros, se trata sólo de declaraciones públicas y expresiones de adhesión a través de firmas u otros mecanismos semejantes.

Es pues fundamental -para que no ocurra como tantas definiciones estratégicas del Partido que luego son libremente interpretadas por cada uno- que seamos extremadamente precisos en los contenidos y formas que tendría esta campaña.

Quizá sea conveniente comenzar por recordar el hecho que cuando se discutía en el seno de la Asamblea de la Civilidad la "Demanda de Chile" se analizaron dos formas, consideradas equivalentes, para establecer el contenido político de dicha Demanda. Una fué: "Democracia Ahora", que finalmente se adoptó, y la otra "Elecciones Libres".

En consecuencia, plantear ahora como una nueva estrategia política las "elecciones libres" aparece como una modificación menor que no significa un cambio cualitativo importante en el contenido de la Demanda. En realidad, ello no implica una estrategia distinta salvo que lo que realmente se esté pensando es sacarla del contexto de la movilización social para llevarla al ámbito puramente político.

Si así fuera, cabe preguntarse si los Partidos Políticos tendrán la capacidad de convocatoria y la fuerza necesaria para movilizar a la inmensa mayoría de los chilenos, salvo claro está, que no se esté considerando la posibilidad de realizar una efectiva y amplia movilización de masas.

Y aquí llegamos al punto crucial del análisis que debemos efectuar. ¿Es posible alcanzar efectivamente el objetivo de terminar con la dictadura sin una inmensa y arrolladora movilización del pueblo?. ¿Tiene alguna posibilidad de éxito alguna campaña de elecciones libres que no se inserte en el contexto más amplio de una real movilización social y de masas?. ¿Tiene alguna posibilidad de éxito una estrategia que no considere un hecho social y político de envergadura tal que impida efectivamente a Pinochet consumir su propia estrategia?.

Un mínimo de seriedad política nos obliga a establecer una estrategia que, al menos en el papel, tenga alguna posibilidad real de impedir que el régimen se perpetúe. El no hacerlo sería no sólo una irresponsabilidad política sino que engañarnos a nosotros mismos y engañar al pueblo

6.- BASES PARA UNA ESTRATEGIA POLITICA EFECTIVA.

Para avanzar en la definición de una estrategia política efectiva debemos tener en cuenta dos hechos:

- 1º) El dictador no entregará jamás el Poder por propia voluntad.
- 2º) Las diversas formas de presión, tanto internas como externas que se han ejercido contra el régimen no han sido suficientes para lograr su fin.

La conclusión resulta entonces clara y categórica: para lograr el fin de la dictadura deberemos implementar formas de presión de mayor amplitud y envergadura que las que hemos sido capaces de ejercer hasta ahora, sumando todos los esfuerzos y haciendo converger en este objetivo la acción de todas las instancias políticas y sociales que hemos sido capaces de crear e integrándolas en un vasto plan de movilización social y de masas.

En otras palabras, el Partido debe ratificar y profundizar su respaldo a la movilización social y a la desobediencia civil pacífica, insertando adecuadamente en ella la campaña por las elecciones libres.

La profundización de la movilización social debiera implicar el paso a una quinta fase que vaya más allá de la demanda política. Debemos entrar en la fase de la construcción del nuevo orden, del renacer de la esperanza.

En lo concreto, esta estrategia implica:

1º) En el corto plazo las organizaciones sociales, a través de la Asamblea de la Civilidad, deberán consolidar la tercera y cuarta fase de la movilización social. Ello implica crear conciencia y formalizar su rechazo al modelo ideológico del régimen y traducir la demanda política en la aspiración por las elecciones libres.

2º) Los partidos políticos, particularmente el nuestro, deberán precisar su discurso en términos de una sustitución efectiva del régimen, conectando las aspiraciones por las elecciones libres con una propuesta programática que signifique remover todas y cada una de las bases ideológicas del régimen.

3º) Sobre la base de la aspiración del pueblo a construir un nuevo orden en Chile, se programará una movilización social y política de creciente intensidad y magnitud que paulatinamente vaya expresándose en acciones de masas. Dicho plan debe contemplar la realización, hacia el fin del proceso, de una movilización total y definitiva que haga imposible que Pinochet pueda llevar a cabo su plebiscito.

A estas alturas del análisis no podemos obviar el hecho que una de las críticas fundamentales que se esgrime en contra de la movilización social y particularmente las acciones de masas, es la utilización política que para sus propios fines y estrategia puede hacer el P.C.

Esto nos coloca en medio de dos formas de chantaje político: la del régimen que amenaza al pueblo con la represión y la violencia si expresa su descontento y la del P.C. que, al justificar todas las formas de lucha, amenaza al pueblo con aprovecharse de su legítima movilización.

De este modo pareciera que Chile no tiene más alternativa que aceptar la dictadura o aceptar la estrategia política del P.C. con las consecuencias que ello implicaría para su libertad futura. Es-

ta es, a nuestro juicio, una dicotomía falsa.

La verdad es que si la movilización popular es insuficiente y no es capaz de abarcar a la mayoría de los chilenos, ambos riesgos son efectivos. Pero, frente a una movilización general y orgánica como fue el paro de los días 2 y 3 de julio, ni el régimen ni el P.C. pueden controlar al pueblo.

Si no creyeramos que la inmensa mayoría del pueblo anhela una verdadera democracia, entonces nuestra causa estaría perdida. Pensar que todos los chilenos que respaldan al MDP están por la vía armada es no sólo una tontería sino que un error de diagnóstico de gravísimas consecuencias. Creemos que en la medida que seamos capaces de integrarnos e integrar verdaderamente a todos los chilenos a una real y efectiva movilización social, el riesgo de que se impongan las tesis del P.C. desaparece.

Para ello será necesario aumentar nuestra propia capacidad de movilización y profundizar el debate, en el seno del pueblo, en torno a los medios de lucha. Si junto con denunciar la responsabilidad histórica que el P.C. ha tenido en la mantención del régimen somos los primeros y los más comprometidos en la movilización social, logremos el doble objetivo de reducir drásticamente la influencia del P.C. en el pueblo y de llevar adelante una efectiva movilización social que ponga fin, pacíficamente, a la dictadura.

Por el contrario, si intentamos bajar el perfil a la movilización social seremos más temprano que tarde repudiados por nuestras propias bases sociales, desplazados por el P.C. en la conducción del proceso y el país será arrastrado definitivamente a un enfrentamiento.

La responsabilidad histórica que pesa sobre nuestros hombros es inmensa. El tiempo para encontrar una salida pacífica se nos agota. Si el régimen logra consumar sus intenciones de realizar un plebiscito espúreo en 1989 el camino de la vía armada aparecerá como el único factible para muchos de nuestros compatriotas. Ahora es cuando debemos decidir si estamos o no dispuestos a impedir que ello ocurra y a asumir, en consecuencia, la hermosa tarea de encabezar al pueblo en una lucha pacífica que termine con la dictadura antes que sea demasiado tarde.

7.- NUESTRO DESAFIO.

De todo cuanto hemos expuesto surge para la Democracia Cristiana un inmenso desafío: volver a hacer renacer la esperanza en nuestro pueblo y encabezar con decisión la movilización social. Para el logro de ambos objetivos es necesario revivir en nosotros mismos el compromiso con nuestra doctrina y con nuestra ideología.

El objetivo del Partido no es, como algunos parecieran creer, terminar con la dictadura. Ello sólo constituye un medio para reconstruir la democracia en la cual podemos llevar a cabo nuestro proyecto histórico de sociedad. Esto -que por sabido parecemos olvidar- debe ser el punto de partida de una correcta definición estratégica.

Un partido sin vocación de futuro tiende a envejecer y a morir. Un partido sin la mística de su propia verdad no avanza. ¿Olvidamos acaso que son miles los jóvenes chilenos que desconocen cual es nuestro proyecto histórico de sociedad?, ¿Que son cientos nuestros propios militantes que no saben, porque hemos olvidado enseñárselos, que la Democracia Cristiana es un Partido anticapitalista que anhela construir una sociedad basada en la solidaridad y el amor, centrada en el hombre y a escala humana?.

La inmediatización del objetivo partidista en la lucha contra la dictadura nos ha hecho perder nuestro horizonte y le ha restado a nuestra acción la mística necesaria. Cuando la aspiración es mínima, las motivaciones y la predisposición para el sacrificio también se minimizan.

Creemos que es urgente reponer en el alma de nuestro Partido, en el corazón de sus militares, el anhelo de luchar por una nueva sociedad. La dictadura no es más que un inmenso obstáculo en nuestro camino.

Nuestras banderas deben volver a desplegarse para anunciar un mensaje de esperanza, para volver a entibiar el corazón de un pueblo desesperanzado.

A veces, el realismo de lo posible destruye nuestra capacidad de luchar por lo imposible. Chile no tiene futuro si la Democracia Cristiana no vuelve a ser esa inmensa fuerza de cambio que la

hizo anidar en el alma nacional. Chile no tiene futuro si nuestro Partido no es capaz de volver a soñar con la construcción de una sociedad comunitaria. De este anhelo nuestro surgirá el compromiso, la fuerza y la mística necesaria para hacer renacer la esperanza.

Porque Pinochet lo ha cambiado todo y le ha impuesto a Chile su propio modelo ideológico, debemos reconstruirlo todo; debemos rehacer Chile; debemos invitar a todos los chilenos a una nueva revolución en, por y para la libertad. Una revolución que no sólo termine con las injusticias del modelo impuesto por la dictadura, sino que se proyecte más allá. Debemos invitar a nuestros compatriotas a construir una democracia real, capaz de resolver los problemas más urgentes, pero también capaz de dignificar al hombre permitiendo que cada uno participe en la construcción de su propio destino y del de su Patria. Debemos, en una palabra, volver a enarbolar nuestras banderas de siempre, debemos volver a ser la Patria Joven que renace.

La Democracia Cristiana debe resurgir como el Partido que lucha por los cambios en libertad. Debemos mostrar el camino para que todos juntos y al mismo tiempo reconstruyamos Chile. Debemos hacer de las elecciones libres sólo un primer paso en el renacer de nuestra Patria.

Una conclusión inmediata de lo anterior, es la actitud política que debiera asumir el Partido frente al régimen y frente a la derecha. Con el régimen no puede haber negociaciones respecto de los contenidos programáticos del futuro gobierno. El país no entendería que se negociara, aunque sea parcialmente, la mantención de cualquiera de los contenidos ideológicos del actual gobierno.

Por el contrario, nuestro discurso político debe ser claro y contundente, lleno de vitalidad y de esperanza. No podemos aparecer rogando por unas elecciones libres sino exigiéndolas con fuerza. Debemos someter al régimen, sus contenidos y métodos, a la más dura de las críticas y lo que es más importante, no debemos tener vergüenza de plantear con claridad que nuestra intensión es, precisamente, cambiar las estructuras políticas, sociales, económicas y culturales que la dictadura ha impuesto.

Desde la profundidad de un abismo no se sale con un

pequeño salto que se da sin fuerza y sin esperanza. Se sale con un inmenso salto que nos proyecte más allá de los límites de la oscuridad y que sea capaz de hacer renacer en los hombres y mujeres de esta Patria la esperanza perdida.

Pinochet es el pasado, es la desesperanza, la opresión y el odio. Seamos nosotros el futuro, la esperanza, el reencuentro y la fuerza de cambio que movilice a los chilenos.

En vez de la desesperanza de hoy, hagamos renacer la esperanza no sólo de terminar con la dictadura sino de un mañana mejor para todos.

Embuídos de una nueva mística, llamados a ser partícipes de la construcción de una nueva sociedad, el pueblo estará dispuesto a movilizarse no sólo por sus reivindicaciones, no sólo por las elecciones libres, sino por el Chile nuevo que siempre ha anhelado.

No podemos hacer una campaña chata y simple por elecciones libres, ni menos pensar en nominar un candidato que sea simplemente una negativa a Pinochet. Eso no resultaría porque el pueblo no tendría esperanzas y permanecería al margen de todo, observando como dirigentes políticos y sociales inventamos mil formas de convencer a un régimen agotado, pero que aún mantiene la fuerza, de hacer un gesto de bondad.

Es hora de sumar todo cuanto, con gran esfuerzo, hemos construido, para proyectarlo más allá del simple fin de la dictadura. La Alianza Democrática, el Acuerdo Nacional, el Grupo de los 13, la Asamblea de la Civilidad son todos caminos que hemos recorrido sin suficiente esperanza, con demasiado realismo y con poco fuego en nuestros corazones. Es hora de volver a soñar en el futuro, es hora de volver a pedir lo imposible, es hora de volver a encender la roja flecha en nuestros pechos para que sirva la luz a un pueblo que ha perdido la esperanza.

Santiago, Diciembre de 1986.

Patricio Basso G.